

IDEOLOGÍA Y DESARROLLO ECONÓMICO

MICHAEL A. LEBOWITZ
MONTHLY REVIEW MAYO 2004
TRADUCCION DE REBELION
REVISADA POR ALBERTO MONTER

ÍNDICE

LA MAGIA DE LA ECONOMÍA NEOCLÁSICA.....	1
LA ALTERNATIVA KEYNESIANA.....	3
EL FRACASO DE LA SOCIALDEMOCRACIA.....	5
LA POSIBILIDAD DEL DESARROLLO ENDÓGENO.....	8

La teoría económica no es neutral y los resultados de su aplicación dependen en gran medida de los supuestos implícitos y explícitos insertos en cada teoría concreta. Que estos supuestos reflejen ideologías específicas es más evidente en el caso de la economía neoclásica que subyace a las políticas económicas neoliberales.

LA MAGIA DE LA ECONOMÍA NEOCLÁSICA.

La economía neoclásica toma como punto de partida la premisa de la propiedad privada y el propio interés. Cualquiera que sea la estructura y distribución de los derechos de propiedad, esa teoría supone que los propietarios –ya lo sean de la tierra, de los medios de producción o de la capacidad de organizar el trabajo- tienen derecho a perseguir su propio interés. Sintéticamente, ni los intereses de la comunidad como tal ni el desarrollo de las potencialidades humanas constituyen el objeto de estudio de la economía neoclásica; en su lugar, su atención se centra en los efectos de las decisiones que los individuos toman en relación con su propiedad.

Por tanto, la unidad básica de análisis de esta teoría es, lógicamente, el individuo. Este individuo (ya sea como consumidor, empleador o trabajador) se supone que actúa como un calculador racional o como un autómatas que maximiza mecánicamente a partir de unos datos dados. Si cambian los datos este "brillante calculador de placeres y dolores" (en palabras del economista americano Thorstein Veblen) selecciona rápidamente una nueva posición óptima (1).

Eleva el precio de una mercancía y el calculador, en tanto que consumidor, elegirá una menor cantidad de ella. Sube el salario y el calculador, en tanto que capitalista, sustituirá trabajadores por maquinaria. Eleva el subsidio de desempleo o los beneficios sociales y el calculador, en tanto que trabajador, elegirá dejar de trabajar o permanecer desempleado durante más tiempo. Incrementa los impuestos sobre beneficios y el calculador, en tanto que capitalista, desplazará su inversión hacia otro lugar. En todos los casos, la cuestión a responder es: ¿cómo reaccionará el individuo, el calculador racional de placeres y dolores, ante un cambio en los datos? Y la respuesta es siempre evidente en sí misma: evitará el dolor y buscará el placer. También son evidentes en sí mismas las inferencias que pueden extraerse de esta simple teoría: si se quiere reducir el desempleo, se deberán

reducir los salarios, los subsidios de desempleo y los beneficios sociales, así como habrá que recortar los impuestos sobre el capital.

Pero, ¿cómo avanza esta teoría desde su unidad básica, el calculador atomístico y aislado, para extraer conclusiones que sean aplicables al conjunto de la sociedad? La proposición esencial de la teoría es que el conjunto no es más que la suma de cada una de las partes individuales aisladas. Por lo tanto, si sabemos la forma en que los individuos responden ante los diferentes estímulos, también sabremos cómo responderá una sociedad compuesta por esos individuos. (En palabras de Margaret Thatcher, no existe la sociedad como tal, sólo los individuos). Además, lo que es cierto para el individuo aislado también lo es para la economía considerada como un todo. Es más, puesto que cada economía puede ser considerada como un individuo –uno que puede competir y prosperar internacionalmente bajando los salarios, intensificando el uso del factor trabajo, eliminando los beneficios sociales que reducen la intensidad de la búsqueda de empleo por parte de los desempleados, bajando el gasto público o reduciendo los impuestos-, de ello también se concluye que todas las economías pueden ser consideradas como individuos.

Sin embargo, este tránsito desde lo individual a lo colectivo descansa sobre un supuesto básico. Después de todo, esos calculadores individuales y atomísticos pueden tener intereses cruzados y, por lo tanto, el resultado de la racionalidad individual puede resultar en irracionalidad colectiva. ¿Por qué no es ésa la conclusión a la que llega la economía neoclásica? Por la fe. Por la creencia en que cuando esos autómatas son dirigidos en una dirección u otra por un cambio en los datos, necesariamente encuentran la solución más eficiente para todos. En sus versiones más tempranas, ese aspecto religioso era bastante explícito, se entendía que ese inmediato calculador del placer y el dolor individual era "conducido por una mano invisible para promover un fin que no formaba parte de sus intenciones"(2). Para Adam Smith estaba claro de quién era esta mano -de la Naturaleza, la Providencia, Dios- igual que su contemporáneo fisiócrata, Francois Quesnay, decía que el "Ser Supremo" era la fuente de este "principio de armonía económica", de este hecho "mágico" según el cual "cada hombre trabaja para los demás, creyendo que trabaja para sí mismo"(3).

Pero el Ser Supremo ya no puede ser reconocido como el autor de esta magia. Su lugar lo ocupa ahora el Mercado, cuyos mandamientos han de ser seguidos por todos o deberán enfrentar su ira. El mercado libre, del que nos hablan, asegura que todos se benefician de un intercambio libre (o no lo habría) y que todos los canjes elegidos por individuos racionales (de entre todos los intercambios posibles) producirán los mejores resultados posibles. En consecuencia, de ello se sigue que la interferencia del Estado sobre un mercado perfecto debe generar "desastres" -un resultado negativo en donde las pérdidas exceden a los beneficios. Por lo tanto, la respuesta para todas las personas de recto pensamiento debe ser: desháganse de esas interferencias. Eliminen la intervención del Estado. En correctas palabras de Kenneth Galbraith, la posición de los predicadores fundamentalistas es que en un estado de gracia, no es necesario un Ministro de Gracia(4). Y, si la fuerza y la coerción son necesarios para traer este estado de gracia (es decir, para acomodar el mundo a la teoría), esto sólo provocará "sufrimiento a corto plazo para generar beneficio a largo plazo". Como Friedrich von Hayek explicó en una entrevista para El Mercurio de Chile (Abril 12, 1981), la dictadura "puede ser necesaria para un periodo de transición. A veces es necesario para una nación alguna forma de poder

dictatorial." Cuando se tiene la mano invisible de nuestro lado, la eliminación de los obstáculos al mercado constituye simplemente una ayuda a la Naturaleza (en palabras de Adam Smith) para que remedie "los efectos negativos de la locura y la injusticia humana" (5).

De esta forma, eliminen todas las restricciones sobre el capital, todas las leyes que fortalecen a los trabajadores, a los consumidores y a los ciudadanos contra el capital, reduzcan el poder del Estado para controlar al capital (mientras que incrementan su poder policial en nombre del capital). Al final, **el mensaje de la economía neoclásica** (y la política neoliberal a la que apoya) es: **¡Dejen que el capital sea libre!**

Por supuesto, puede decirse (y, de hecho, fue dicho por Joseph Stiglitz dos años atrás en estos encuentros) que ya nadie cree en este mensaje tan simple. Después de todo, los economistas han demostrado que las condiciones necesarias para que esta teoría sea sustentable desde un punto de vista lógico son muy estrictas (e imposibles), han mostrado la simplista teoría de la información que contiene y han desvelado los múltiples casos de "fallos de mercado" que reclaman un papel corrector para el gobierno. Entre estas críticas comunes no es la menor aquélla que enfatiza las interdependencias y externalidades minimizadas por los teóricos neoclásicos y que los conducen a menudo a incurrir en las falacias de composición (la asunción de lo que es verdad para la unidad es necesariamente verdad para el conjunto). Y, además, como lo demuestra el estrecho vínculo entre el modelo neoclásico simple y las políticas neoliberales, todas estas sofisticadas críticas parciales del mensaje simple no son tomadas en demasiada consideración; de hecho, ese mensaje (incluso aunque se encuentre "difunto") continúa siendo creído, y funciona como un arma a usar en nombre del capital.

LA ALTERNATIVA KEYNESIANA

La única crítica exitosa desarrollada desde dentro de este modelo se centra en el problema de la falacia de la composición y, consecuentemente, en la necesidad de considerar la importancia del conjunto. Rechazando el familiar argumento neoclásico utilizado durante la Gran Depresión de 1930 que afirmaba que la aplicación de recortes salariales generales conducirían a un aumento del empleo, Keynes enfatizó la interdependencia de los salarios, el gasto en consumo, la demanda agregada y, por lo tanto, el nivel general de producción y empleo. (Él mantenía que, en este caso, el movimiento neoclásico desde la parte al todo dependía del supuesto de que la demanda agregada era constante, es decir, que no se veía afectada por los recortes salariales). Lo que la teoría neoclásica había ignorado era el vínculo entre las decisiones individuales y el conjunto. En la medida en que esa teoría no entendía cómo la interacción de capitales individuales podía producir una situación de baja inversión por esos mismos capitales, también erraba en el reconocimiento del potencial rol atribuido al gobierno para el remedio de este particular fallo de mercado.

Con su énfasis sobre la totalidad o el macro-escenario, la perspectiva teórica de Keynes proporcionó apoyo para la aplicación de un conjunto de políticas que se encontraban en menor medida sustentadas sobre los intereses inmediatos de los capitales individuales. El propio Keynes anticipó que sus argumentos eran críticos para los intereses del capital en su conjunto - para él, la crisis de 1930 fue simplemente una crisis de "inteligencia". En cualquier caso, su estructura se convirtió en la base para los argumentos de las políticas socialdemócratas(6).

Un elemento característico de la utilización de la macro-estructura keynesiana fue el habitual argumento utilizado por los sindicalistas de que los aumentos salariales incrementarían la demanda agregada, estimularían la creación de puestos de trabajo y de nueva inversión. La importancia del aumento de los gastos de consumo se convirtió en el centro de lo que ha actualmente se describe como el modelo "Fordista" de desarrollo –y que argumentaba que el consumo de masas resultaba necesario para la producción en masa (7). (En sus variantes Post-keynesianas, el incremento de la demanda efectiva era considerado como la condición para la realización de los incrementos de la productividad potencial latentes en la tecnología existente). Sin embargo, y en contraste directo con los argumentos neoclásicos, para que se produzca la materialización de estos beneficios, el mercado por sí sólo podría ser insuficiente, mientras que las políticas estatales y la gestión macroeconómica fueron consideradas esenciales. Lo que marcó esta situación como esencialmente socialdemócrata fue el sólido argumento de que los trabajadores podrían obtener ganancias sin que el capital experimentara pérdidas, es decir, los característicos juegos de suma positiva del modelo Fordista. Y esto es, precisamente, lo que comparte la argumentación a favor del desarrollo económico endógeno al insistir en la importancia de la demanda doméstica como fundamento para el desarrollo de una industria nacional.

Durante la llamada "Edad de Oro", entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y principios de los 70, estas teorías, que desafiaron a la visión neoclásico, disfrutaron de un periodo de gracia. Fue un periodo inusual: los Estados Unidos habían emergido de la guerra sin competidores capitalistas reales - las economías de Alemania y Japón estaban arruinadas, y las industrias de Francia, Inglaterra e Italia no podían competir con las de los Estados Unidos. Además, en los Estados Unidos y en otros lugares, se había producido un crecimiento considerable de la demanda por parte de los hogares y de las empresas. De hecho, aunque se había previsto de forma generalizada que el fin de la guerra provocaría una recaída en la Depresión, las condiciones estaban maduras para un incremento sustancial del consumo y la inversión (en este último caso, dicho aumento obedecería a un conjunto de avances tecnológicos generados en los años 30 y 40). A ello se le añadía (en apoyo de los beneficios industriales) el deterioro de los términos de intercambio de los productos primarios como resultado del aumento de su oferta. En los Estados Unidos, las industrias oligopolísticas eran capaces de fijar objetivos de precios que les permitían alcanzar las tasas de beneficio deseadas y posibilitaban incrementos salariales sin que por ello temieran perder competitividad; en otros lugares, las economías de escala derivadas de las nuevas inversiones convertían el crecimiento del consumo que permitían los incrementos salariales en un beneficio neto en lugar de una amenaza para la rentabilidad.

Éste era el contexto en el que el círculo virtuoso del modelo Fordista podría florecer: el incremento de la producción estimulaba el consumo y viceversa, y ello ocurría tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo que decidieron industrializarse sobre la base de la sustitución de importaciones en lugar de confiarse a las ventajas de la exportación de productos primarios. Sin embargo, el rápido crecimiento de la capacidad productiva que se produjo en numerosos lugares durante este periodo condujo a un punto en que el capital acabaría por enfrentarse a un problema de sobreacumulación.

De hecho, a finales de la década de 1950 había signos claros de que empezaban a surgir competidores que desafiaban la hegemonía económica estadounidense. Más tarde, a

mediados de los 60, los términos del intercambio para los productos primarios (dominados por el petróleo) dejaron de caer, para iniciar rápidamente una tendencia al alza. Cada vez en mayor medida, eran las compañías localizadas fuera de los Estados Unidos las que presentaban un mayor crecimiento y, hacia principios de los 70, con la generalización de la caída de las tasas de ganancia, puede convenirse en que esa "Edad de Oro" del capitalismo llegaba a su fin.

La creciente intensidad en la competición entre los capitalistas, ahora manifiesta, reflejaba la sobreacumulación de capital. En este contexto, y como parte de una estrategia de producción global, las empresas transnacionales redujeron sus costes de producción cerrando algunas plantas (relativamente ineficientes) de filiales que habían sido establecidas para atender a mercados nacionales particulares y convirtiendo otras en exportadoras. La producción para los mercados nacionales y, por tanto, la estrategia de sustitución de importaciones para la industrialización ya no era considerada creíble debido a que los costes relativos se convirtieron en el centro de la competición entre los capitales. En general, el círculo virtuoso del Fordismo se había roto y, en su lugar, el capital se centró en bajar los salarios y otros costes relevantes para el capital.

Esta "nueva realidad" constituye el contexto en el que se produce el rechazo del keynesianismo. La sabiduría neoclásica, que identificaba los altos salarios y los programas sociales como una fuente de desastres, volvió a ser la dominante. El Neoliberalismo (apoyado por las instituciones financieras internacionales) se convirtió en el arma elegida por el capital y se produjo una agresión generalizada contra los programas sociales, los salarios y las condiciones de trabajo en el mundo desarrollado, mientras que, en los países en vías de desarrollo, se reforzaba el uso de un Estado fuerte que permitiera asegurar el acceso a la ventaja comparativa que suponía la represión.

Pero, ¿por qué fueron el Keynesianismo y el modelo Fordista tan fácilmente desacreditados? Básicamente, el Keynesianismo en boga era una teoría de la demanda agregada, pero no de la oferta. Su punto de partida era que el nivel de producción se encontraba constreñido por la demanda de la economía y que, si se garantizaba la demanda, el capital proveería la oferta. Puesto que este supuesto significaba que, si el gobierno creaba el contexto adecuado, el capital proporcionaría los bienes de consumo e inversión, el rol del gobierno pasaba a ser el estímulo de la economía en aquellos casos en que la interacción de los capitales individuales conducía, en su ausencia, a un bajo nivel de inversión. La tarea que la teoría le asignaba al gobierno era la creación del ambiente para la inversión cuando el mercado fallara.

Sin embargo, ¿qué pasó cuando la demanda agregada aumentó y la oferta doméstica no respondió apropiadamente? Inflación y déficit comerciales. De acuerdo con esto, en la nueva realidad, el gobierno trató de crear un ambiente que inducía la inversión en la economía doméstica en lugar de la inversión en cualquier lugar -se centró, así, en la reducción de los impuestos y los salarios. En el fondo, la cuestión, tanto neoclásica como keynesiana, seguía siendo la misma: ¿qué puede hacer el estado para que el capital decida invertir? Lo que era consistente era el rol atribuido al gobierno: apoyar las demandas del capital.

EL FRACASO DE LA SOCIALDEMOCRACIA

No debería causar sorpresa, por lo tanto, que, en las nuevas condiciones, el capital abandonara el instrumento de la teoría keynesiana por uno que se acomodara mejor a sus

intereses Pero ¿cómo explicarnos el fracaso de la Socialdemocracia para hallar una alternativa? Después de todo, la socialdemocracia siempre se ha presentado a sí misma como procedente de una lógica en la cual las necesidades y potencialidades de los seres humanos tienen prioridad sobre las necesidades del capital. Incluso medidas limitadas como la exclusión de los servicios sanitarios y educativos del ámbito del mercado, la provisión de programas sociales y de mantenimiento de rentas, y el reconocimiento del derecho de todos a un trabajo decente y bien remunerado sugieren una concepción implícita de la riqueza como satisfacción de las necesidades humanas, más que una concepción de la riqueza capitalista en sí.

De hecho, el fracaso del Keynesianismo como teoría fue realmente el fracaso de una ideología: la Socialdemocracia. Dentro de la estructura Keynesiana, siempre había una alternativa. Las ecuaciones básicas del Keynesianismos en sí mismas no dicen nada sobre la estructura de la economía: no distinguen entre enterrar dinero y la inversión pública, entre la actividad que conduce a la expansión de las empresas capitalistas y la actividad que se dirige a la expansión de las empresas estatales. Aunque para Keynes el instrumento adecuado para el crecimiento era la empresa capitalista, una política de expansión de un sector productivo público –es decir, su reproducción expandida- era siempre una opción teórica que permitiría dirigir la economía.

Sin embargo, si el único sector adecuado para la acumulación es el sector capitalista, entonces, tanto en la teoría como en la práctica la implicación resulta evidente en sí misma: una "huelga del capital" (una reproducción restringida del capital) constituye una crisis para la economía. Si otras cosas se mantienen igual, un gobierno no puede inclinarse ante el capital sin unos resultados de suma negativa. Esta siempre ha sido la perspectiva de los economistas conservadores.

Además, resulta esencial comprender que las conclusiones de los economistas neoclásicos se encuentran contenidas en sus supuestos de partida –y, en este sentido, resulta particularmente relevante el supuesto de que el resto de cosas debe mantenerse igual. Consideremos dos ejemplos simples (8). En lo que se refiere al control de los arrendamientos: el economista conservador nos dirá que si se introducen controles sobre los arrendamientos (a un nivel efectivo), concluirá la oferta de casas para arrendar y se producirá una escasez de vivienda. En lo que se refiere a los royalties derivados de la explotación de minerales: el economista conservador nos dirá que si se intentan establecer impuestos sobre las rentas derivadas de la explotación de recursos minerales (rentas que son difíciles de estimar), la inversión y la producción en esos sectores caerá, se generará desempleo, etc. Ambas proposiciones son fácilmente demostrables -pero también puede demostrarse fácilmente que son completamente falaces en relación con la conclusión necesaria.

Both those propositions can be easily demonstrated--- and they can also easily be demonstrated to be entirely fallacious with respect to the necessary conclusion.

Con formato: Inglés (Estados Unidos)

En ambos casos se asume como constante el carácter y el nivel de la actividad gubernamental. Evidentemente, los controles de los alquileres pueden reducir la construcción privada para alquiler, pero si el gobierno se compromete simultáneamente en el desarrollo de programas de vivienda social (por ejemplo, potenciando las cooperativas y otras formas de construcción de vivienda sin ánimo de lucro) no tiene porqué tener lugar necesariamente una escasez de vivienda. Igualmente, gravar los ingresos derivados de los recursos minerales puede desincentivar la inversión privada en

la exploración mineral pero una empresa pública establecida para la explotación y producción en este sector puede contrarrestar los efectos de la huelga de capital.

Con formato: Resaltar

Obviamente, no todas las otras cosas son necesariamente iguales. ¿Por qué deberían ser todas las otras cosas iguales si un gobierno socialdemócrata rechaza la lógica del capital? Necesitamos, por lo tanto, ser conscientes de los límites de la lógica económica conservadora. Aunque, ¡eso no significa que estos argumentos deban ser ignorados! Porque lo que el economista conservador sabe hacer muy bien es señalar las respuestas del capital ante medidas concretas. Es una economía del capital. Y nada es más simplista que asumir que se pueden tomar ciertas medidas de política económica sin que el capital responda; nada es más erróneo que introducir medidas que sirven a los intereses del pueblo sin anticipar la reacción del capital. Aquellos que no respetan la lógica del economista conservador, que es la lógica del capital, y no la incorporan a su estrategia están condenados a constantes sorpresas y decepciones.

Entender las respuestas del capital significa comprender que la huelga del capital puede ser una oportunidad en lugar de una crisis. Si se rechaza la dependencia del capital, su lógica puede revelarse claramente contraria a las necesidades e intereses del pueblo.

Cuando el capital va a la huelga, hay dos opciones: ceder o enfrentar.

Desafortunadamente, en la práctica, la Socialdemocracia ha demostrado que se encuentra limitada por las mismas cosas que limitan a la teoría Keynesiana ya que toman como dadas la estructura y distribución de la propiedad y la prioridad del interés de los propietarios. Como resultado, cuando el capital va a la huelga, la Socialdemocracia responde cediendo.

De esta forma, más que mantener su foco en las necesidades humanas y en desafiar la lógica del capital, la Socialdemocracia se ha dedicado a fortalecer esa lógica. El resultado ha sido el descrédito del Keynesianismo y el desarme ideológico de la gente que lo utilizaba como alternativa al conocimiento neoclásico. La única alternativa a la barbarie se convirtió en la barbarie con rostro humano. Con esta aquiescencia con la lógica del capital, el alejamiento de la gente se reforzó; y el resultado político fue la conclusión popular de que no importa realmente a quién se elija y de que la solución real ha de hallarse en un gobierno que esté comprometido inequívocamente con la lógica del capital.

Así es como el nuevo conocimiento se convirtió en un "no hay alternativa" (TINA, There Is No Alternative). No hay alternativa al neoliberalismo, que es simplemente la economía neoclásica puesta en acción por el capital financiero y el poder imperialista. De esa forma, como ocurrió tras la Edad de Oro, las condiciones concretas tienen el poder de socavar las verdades establecidas - en ningún lugar esto ha sido más verdad que en los países menos desarrollados. La falacia de asumir que cada país puede convertirse en la Tierra Prometida rindiéndose completamente al capital se ha hecho diáfana; y, a medida que las evidencias de los fallos de una orientación hacia el exterior impuesta por el neoliberalismo generalizado se han ido acumulando, el interés en una solución interna, el modelo endógeno de desarrollo, ha crecido de nuevo, especialmente en Latinoamérica. Pero, ¿hasta qué punto es creíble esta opción en la actual coyuntura donde la competición capitalista continúa con intensidad y el poder de facto (si no el ideológico) del capital internacional no ha declinado?

LA POSIBILIDAD DEL DESARROLLO ENDÓGENO

Deshacerse de la camisa de fuerza impuesta sobre el desarrollo económico por el neoliberalismo no será tarea fácil. Una verdadera perspectiva de desarrollo endógeno no puede ser simplemente una orientación hacia los mercados limitados que caracterizaron los esfuerzos previos de sustitución de importaciones (incluso con una integración regional superficial que permita el desarrollo de diversas formas de sub-imperialismo); por el contrario, es necesaria la incorporación a ellos de la masa de la población que ha sido excluida de su parte en los logros de la civilización moderna. Resumiendo, **el desarrollo endógeno real significa realizar una opción real por los pobres**. Y esto significa crear enemigos, interna (tanto aquellos que monopolizan la tierra y la riqueza como aquellos que están satisfechos con el estatus quo) y externamente.

Cualquier país que desafíe al neoliberalismo intentando potenciar el desarrollo endógeno tendrá que enfrentar las variadas armas del capital internacional, entre ellas el FMI, el Banco Mundial, el capital financiero y el poder imperialista. Estas son, qué duda cabe, poderosas fuerzas. Puesto que **ningún gobierno por solo puede esperar triunfar** en esta lucha contra tales enemigos internos y externos, **la cuestión central será si el gobierno desea movilizar a su pueblo en nombre de las políticas que satisfacen sus necesidades**. Y aquí, la cuestión esencial es: hasta qué punto se ha liberado el gobierno de la dominación ideológica del capital.

Este cambio implica algo más que un simple retorno a la vieja idea de la industrialización a través de la sustitución de importaciones, incluso aunque vaya acompañada esta vez por la reforma agraria masiva que crearía el potencial para un mercado doméstico mucho mayor. Los nuevos modelos de Keynesianismo -incluso aquellos que se presentan como la solución de suma positiva Fordista- no movilizarán a aquellos cuyo apoyo activo sería necesario para fortalecer la disposición de un gobierno que se encontrará constantemente presionado por el capital. Las teorías que continúan estando basadas en las pautas de propiedad existentes, en el principio dominante del interés privado y en la creencia de que (excepto en unas pocas excepciones) el mercado es mejor, no pueden ofrecer soporte a un desafío exitoso a la lógica del capital ya que son una parte orgánica de esta lógica.

La debilidad central de las propuestas socialdemócratas para el desarrollo endógeno es que no rompen ideológica ni políticamente con la dependencia del capital. Para que un modelo de desarrollo tenga éxito tiene que estar basado sobre una teoría que coloque el objetivo del desarrollo humano como una prioridad. Más que el consumo, enfatizado por igual por neoclásicos y Keynesianos, debe centrarse en la inversión en (y el desarrollo de) las capacidades humanas. Esto significa no sólo las inversiones que provienen de los gastos y la actividad humana en áreas críticas de educación y salud, sino también el desarrollo del potencial humano que tiene lugar como resultado de la actividad humana, es decir, la práctica revolucionaria que Marx describió: ese cambio simultáneo de las circunstancias y de la actividad humana o el propio cambio (9). En contraste a un populismo que simplemente promete nuevo consumo, **este modelo alternativo se centra en la nueva producción, la transformación de la gente a través de su propia actividad, la construcción de capacidades humanas**.

Una teoría del desarrollo que comience reconociendo a los seres humanos como fuerzas productivas apunta en una dirección muy diferente a la de la economía del capital. ¿Dónde están en la teoría tradicional los indicadores para medir la confianza en sí mismas

de las personas que se genera a través del desarrollo consciente de la cooperación y la solución democrática de los problemas en las comunidades y los lugares de trabajo? ¿Dónde está la toma en consideración de las potenciales ganancias de eficiencia derivadas de liberar estas fuerzas productivas cuya creatividad y conocimiento tácito no puede ser producido por los directivos del capital? Estimulando la solidaridad que resulta de poner el énfasis en los intereses de la comunidad frente al propio interés, un modelo basado en esta teoría del lado de la oferta basada en el desarrollo humano permitirá a un gobierno avanzar con el apoyo de la comunidad. Dentro de esta estructura, el crecimiento de los sectores no capitalistas orientados a satisfacer las necesidades del pueblo no es una mera defensa contra la huelga del capital; por el contrario, esos sectores aparecen como un desarrollo orgánico. Aquí, en resumen, las necesidades de las personas en lugar de las necesidades del capital se convierten en el instrumento que conduce la economía. El desarrollo endógeno es posible, pero sólo si un gobierno está preparado para romper ideológica y políticamente con el capital, sólo si está preparado para convertir a los movimientos sociales en actores en la realización de una teoría económica basada en el concepto de capacidades humanas. Económicamente, y en ausencia de esa ruptura, el gobierno constantemente encontrará necesario resaltar la importancia de proveer incentivos al capital privado; y, políticamente, su miedo central será la huelga del capital. Las políticas de esos gobiernos inevitablemente decepcionarán y desmovilizarán a todos los que buscan una alternativa al neoliberalismo; y, una vez más, su producto inmediato será la conclusión de que no hay alternativa.

—

NOTAS

1. Thorstein Veblen, "Why is Economics Not an Evolutionary Science?" in Veblen, *The Place of Science In Modern Civilization and Other Essays* (1919) republished as *Veblen on Marx, Race, Science and Economics* (New York: Capricorn, 1969), 73.
2. Adam Smith, *The Wealth of Nations* (New York: Modern Library, 1937), 423.
3. Ronald Meek, *Economics of Physiocracy: Essays and Translations* (Cambridge: Harvard University Press), 70.
4. John Kenneth Galbraith, *American Capitalism* (Boston: Houghton Mifflin, 1952), 28.
5. Adam Smith, *The Wealth of Nations* (New York: Modern Library, 1937), 638.
6. Michael A. Lebowitz, "Paul M. Sweezy" in Maxine Berg, *Political Economy in the Twentieth Century* (Oxford: Philip Allan, 1990).
7. Whether "Fordism" was a conscious model is definitely questionable. Certainly, much of what is claimed for Henry Ford himself in this respect is mythology. For a critical view on the historical question regarding Fordism, see John Bellamy Foster, "The Fetish of Fordism," *Monthly Review* 39, no. 10 (March 1988), pp. 14-33.
8. These examples come from the 1972-1975 period when the New Democratic Party (Canada's social-democratic party) governed British Columbia, Canada.
9. Michael A. Lebowitz, *Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class*, 2nd ed. (New York: Palgrave Macmillan, 2003).

NOTA SOBRE EL AUTOR: _

Michael A. Lebowitz es Profesor Emérito de Economía de la Universidad Simon Fraser, en Vancouver. Es autor de *Beyond capital: Political Economy of the Working Class* (1) (Palgrave Macmillan, 2003). Actualmente vive y trabaja

en Venezuela.

Una versión temprana de este ensayo, "Economía, Ideología y la Posibilidad de un Desarrollo Endógeno" fue presentado en el Sexto Encuentro Internacional de Economistas sobre la Globalización y los Problemas del Desarrollo en la Habana, 9-13 de Febrero del 2004.